

# DE LOS DIAS DE ANTAÑO



## Un escandaloso baile en Lerma

---

De este baile celebrado en Lerma no se escandalicen los lectores. No se trata de ningún baile moderno de los que en estos momentos, probablemente más morales que los de antaño, tanto se critican. Me estoy refiriendo a un baile dentro del palacio de los duques de Lerma, en esa pequeña villa de la provincia burgalesa, el día 21 de enero del año 1722. Más de dos siglos por lo tanto nos separan.

Se preparó una fiesta regia en el sentido exacto de la palabra, es decir, fiesta de monarcas y de príncipes, para celebrar el matrimonio de dos herederos que representaban en aquel entonces a los dos mayores imperios de la católica Europa: las monarquías francesa y española.

El duque de Saint Simón, literato e historiador francés, vivió parte de los siglos XVII y XVIII y escribió sus memorias, que son interesantísimos documentos, sobre todo de la historia de Francia, que abarcan especialmente el reinado de Luis XIV y la regencia del duque de Orleans.

El duque de Saint Simón había llegado a España en calidad de embajador extraordinario para concertar dos matrimonios de extremado interés político en la rama borbónica y estaba muy orgulloso de ser su artífice.

Luis, el primogénito de Felipe V y de María Luisa de Saboya, debía de casarse con la hija del regente duque de Orleans, y por otro lado una infantita española, hija del mismo rey Felipe y de su segunda esposa Isabel de Farnesio, había de prometerse en matrimonio con Luis XV de Francia. Esta última era todavía una niña de seis años.

Para la celebración del primer matrimonio, es decir, el del príncipe Luis I de España, en quien había de abdicar su padre, con la princesa de Orleans, conocida en la historia por mademoiselle Mompantsier, se había elegido el castillo de Lerma. Este palacio, ya desde el reinado de Felipe III, y especialmente desde la terminación de la dinastía de los Austrias en Es-

paña, estaba en alguna decadencia, pero todavía conservaba parte de su mobiliario y el decoro de sus sobrios salones de estilo herreriano.

Con mucho tiempo se preparaban estos acontecimientos. Por el otoño del año inmediato anterior, 1721, la corte de Madrid se trasladó a Lerma. El duque describe con minuciosidad estos preparativos, sus andanzas turísticas en Madrid y sus alrededores, especialmente su visita al Escorial, donde se hace eco de la leyenda negra que ya se fraguaba contra Felipe II.

La mayoría de las ediciones de las memorias del duque de Saint Simon, pasan por alto o apenas hacen referencia a esta embajada matrimonial. El rey Luis de España iba a reinar tan pocos meses, que su paso por nuestra historia no fué más que un relámpago, y aun así de muy poca luz, pero en las memorias completas del duque (raras ediciones existen hoy), directamente recopiladas en el siglo pasado de los manuscritos del mismo y comentadas por el literato Saint Beuve, de la Academie Francaise, se detallan estos episodios de Lerma con verdadera prodigalidad y creo que revisten interés para nosotros los burgaleses.

La corte de España—dice el duque embajador—marchaba con velocidad de tortuga, debía llegar y llegó en efecto a Lerma el 11 de diciembre. Lerma—continúa diciendo—es una bonita villa situada en anfiteatro sobre la ribera del Arlanza, un valle muy agradable. El castillo es magnífico en toda su estructura, por su arquitectura, por la extensión, la belleza y la continuidad de sus grandes salones y su escalera en herradura. Si bien el palacio está en la parte elevada de la ciudad, por su lado posterior da la sensación de levantarse todavía más, de tal suerte que su primera planta queda asentada sobre una pendiente que se extiende sobre un paisaje ancho y con una vista muy bonita sobre las lejanías y sobre el valle. En su pie hay un bosque extenso de encinas verdes, como suelen ser todos estos bosques que cubren a Castilla.

Lerma, naturalmente, no era lo suficientemente grande para alojar durante bastantes días toda una corte con sus complicados servicios y hubo necesidad de habilitar casas en los pueblos vecinos. A Saint Simon, el embajador de Francia, le cupo en suerte la casa del cura de Villalmanzo. Explica que fué él mismo el que eligió Villalmanzo. Sabía que estaba a media legua solamente de Lerma y que el valle del Arlanza dividía ambos términos. Para pasar existía un puente de piedra. La casa del señor cura era bonita, aseada, muy bien ventilada y desde sus balcones se veía el valle y la pequeña villa de Lerma al otro lado del río.—«Me construyeron unas chimeneas especiales para mi comodidad y en las casas vecinas se albergó mi séquito».

«Este lugarcito (son palabras exactas del embajador del rey de Francia) está muy bien situado, sus cercanías son agradabilísimas. Es un sitio

delicioso y durante los largos días que allí permanecí no tuve ni el más pequeño roce ni con el cura ni con los demás vecinos del pueblo. Yo me encontraba allí (obsérvese la manera tan exagerada de escribir del duque) en el sitio más cómodo que uno pueda imaginarse exista en el mundo».

Apenas instalado en ese eden de Villalmanzo, vino a visitarle su hijo, que cuando llegó de Francia, y de paso por Burgos, tuvo que quedarse enfermo en esa ciudad al cuidado del abate Mathou y relata su primera cena, una suculenta olla (el embajador traduce por ouille) y sin duda se trataba de la olla podrida, cuya fama en tierras de Lerma llega a nuestros días. Continúa describiendo esta olla y la cena, en la que comieron además pequeños jamones bermejos, jamones que dicen son producto de cerditos de una raza especial que se cría en este país. Se les tiene en patios cerrados y se les alimenta con víboras, lo que da a su carne un exquisito y fuerte aroma.

El embajador, después de esta cena, casi familiar, se encontraba en el mejor de los mundos, pero ¡ah!, aquella noche habría de pasarla con fiebre. A juzgar por lo fuerte de la cena no parecía extraño; sin embargo, no se trataba de un pasajero empacho la enfermedad que había contraído el duque. Al tercer día de la calentura se pudo diagnosticar que era la viruela, de la que estaba infectado el país «Redoutable petite verole» que él llama y que iba a inmovilizarle en cama varias semanas.

El rey le envió un médico. Aquel doctor tenía órdenes reales de no separarse del enfermo. Aquí, el embajador, siguiendo el estilo hiperbólico que le dicta su fuerte imaginación, estima que aquel médico de Lerma era el mejor de Europa, y además le rodeaba una gratísima compañía, casi siempre de seis personas en torno a su cabecera aparte la servidumbre. Al principio tuvo un brote de abundantísima viruela, no maligna, y sin otro contratiempo desde que se manifestó. El médico, por si algun accidente sobrevenia se aprovisionó de los medicamentos necesarios, pero estos remedios solo los debía tomar en caso de extremo peligro. Parece ser que no le merecían mucha confianza.—«Mientras tanto, si la cosa seguía natural, yo no debía tomar otra cosa que naranjas exprimidas con sus cáscaras incluso (buen tratamiento vitamínico para enfermedades infecciosas). Cuando ya la viruela está en plena supuración, entonces me dieron una copita de vino de Rota, que era de un dulzor agradable y cordial, después se me permitió algunos caldos de perdiz, y antes de darme el alta, se me hizo una pequeña sangría y se me proporcionó una fuerte purga».

Sobre los métodos curativos de este excelente médico, dice el duque que iba a seguir describiéndolos ampliamente en otras memorias, que por más que rebusqué entre los tomos de esa vieja edición no los he encontrado.

También describe su convalecencia en Villalmanzo: —«El clima era tal aquel invierno, que helaba violentamente durante doce o catorce horas todos los días, pero de las once horas de la mañana hasta las cuatro de la tarde hacía sol, el más bello sol que pueda haber en el mundo y templaba lo suficiente para pasearse con agrado. Allí donde la sombra de un muro lo ocultaba no deshelaba nunca. El frío resultaba tanto más penetrante cuanto que el aire era más puro y vivo y el cielo permanecía en la serenidad más perfecta y continua».

Nos vamos acercando a la gran fiesta del matrimonio y antes al día que había de preceder al cambio de las princesas.

El trueque tuvo lugar el 9 de enero del año 1722 después de grandes cumplidos y recíprocos presentes y regalos magníficos, especialmente los otorgados por el rey de España, ya que el duque se sonroja y encuentra algo pobres las joyas de la parte francesa.

—«Aquel día, dice, yo pasé una hora en Lerma en casa del marqués de Santa Cruz. Este se había adelantado a fin de no dejar sola a mademoiselle de Mompantsier, pues sabía que antes de llegar a Cogollos iba a quedar aislada entre españoles, sin criadas ni damas francesas. Respecto a la niña española, hija de Felipe V, continuaba sin más su viaje a Francia».

Mademoiselle de Mompantsier, llamada Luisa Isabela de Orleans era como hemos dicho la hija del regente francés duque de Orleans. Entre los Orleans y los Borbones, aunque procedentes de la misma rama dinástica, existía ya una rivalidad manifiesta que perturbaba la monarquía vecina. La historia de Francia pone esta rivalidad de relieve, que duró hasta el final de la dinastía. Efectivamente así vemos que cincuenta años después de estos sucesos, otro duque de Orleans vota la trágica muerte de Luis XVI en la guillotina.

Leyendo ahora detenidamente estas memorias del duque embajador llegó a comprender bien el interés, no solo internacional, de los dos grandes reinos, sino además el especial interés de Francia. De ahí la previsora inteligencia de aquel aristócrata embajador en la preparación de esta boda que iba a celebrarse en Lerma, seguida de un escándalo que de por sí explica la trascendencia.

«Mademoiselle de Mompantsier venía de París y debía de emplear cincuenta días para llegar a Cogollos. Cogollos, sigue diciendo Saint Simon, está a la misma distancia de Lerma que Versailles de París, también añade, que entre Burgos y Lerma la distancia viene a ser igual que la de París a Fontenebleau». —«Ya se había pasado mi cuarentena de enfermedad, me encontraba mucho mejor para recibir a mademoiselle. Sus Majestades católicas redoblaban hacía mi todas sus atenciones y gentilezas».

En efecto, Felipe V concedió a Saint Simon, según sigue el mismo duque explicando en sus memorias, la distinción del más alto grado de nobleza; la de grande de España, así como a su hijo, y esto fué en una ceremonia celebrada también en Lerma pocos días después de la boda.

El embajador se abstiene de describir la gracia y la belleza de la joven mademoiselle de Mompantsier y en esto son mucho más extensos y galantes nuestros historiadores. Parece ser que esta señorita, apenas de dieciocho años, tenía toda la donosura, gentileza y esbeltez de una parisina elegante, además su natural discretamente pero deliciosamente frívolo, acrecentaba ese donaire dentro de la austera nobleza española.

Nuestro duque, ya en franca convalecencia, desde por la mañana, pasando el río Arlanza, se dirige a Lerma. Allí es recibido por el monarca, y no solamente como hemos dicho le hace objeto de atenciones, sino que además le cuenta verdaderas confidencias. El duque de Saint Simon es extraordinariamente mordaz en la crítica de los personajes de la corte. Le vemos sin duda exagerar defectos como también exageraba las bellezas naturales de Villalmanzo y de Lerma. Así en una entrevista con el rey hablaba de un alto personaje francés, el cardenal Rohan, que había sido invitado a la boda.—«He oído decir que en Roma vivía este purpurado con gran fatuidad y magnificencia. Es tan dado al cuidado de su persona y acicala tanto su belleza, que dicen se baña a menudo en leche para conservar la piel delicada y tersa». También se mete con el célebre jesuita P. Daubeton, confesor del rey, y quien había sido destinado para confesar a mademoiselle. Este padre había influido cerca del monarca para pedir al embajador de Francia nombrase un jesuita de su agrado para que fuese el futuro director de conciencia de Luis XV.—«Bien está, dice Saint Simon, que trate el rey Felipe de modular moralmente la mente joven de su nuera, pero no es cuento correcto que esa influencia quiera llevarse al que ha de regir los destinos de Francia».

En uno de los coloquios o confidencias que el rey Felipe V celebraba en Lerma con el embajador de Francia se duele de la descortesía enorme que acababa de hacerle el duque del Infantado, es decir, el sucesor del duque de Lerma, el propietario de aquel palacio donde había de celebrarse la boda. El del Infantado se excusó de acudir a su propia mansión. El había sido partidario del archiduque Carlos, que representaba la pretensión al trono de la casa de los Austrias, en contra de la de Borbón, y no obstante la amnistía que había sucedido a la guerra civil de sucesión le quedaba un resentimiento orgulloso muy propio de los españoles. Esta frialdad del duque del Infantado con el primer rey Borbón explica hasta cierto punto el abandono que desde entonces hasta nuestros días, los descendientes del duque de Lerma, han experimentado por esta pequeña villa y por su



palacio. Parece como si se hubiera deshonrado su mansión. Manera esta de obrar con ese desatinado orgullo fué frecuente en aquella época y la precedente en la historia de la aristocracia española. La guerra civil de sucesión habida pocos años antes, acentuó desgraciadamente la inclinación de nuestra decadencia patria, hasta el punto de que los ingleses, so pretexto de ayudar al archiduque de Austria, enemigo del Borbón, se apoderaron de Gibraltar. Quien sabe si aquella nobleza española partidaria del archiduque, resentida del cambio de dinastía no apoyó suficientemente la devolución del Peñón para hacer cumplir lo que claramente se había tratado con Inglaterra.

Saint Simon explica al primer ministro Grimaldo, la necesidad de que los nuevos esposos, Luis I y mademoiselle de Monpansier, se expongan el día de su boda en una especie de tálamo público, «Coucher Public».

Esto resultaría escandaloso en España, había de responder Grimaldo, la modestia y la gravedad de los españoles no permite ver acostar a dos recién casados. Pero el embajador insistió con gran empeño, rogando a su gran amigo Felipe V, y por fin se convino una especie de programa de lo que había de ser el «Coucher Public».

¿Qué interés podía tener ese espectáculo escandaloso? Se trataba nada menos que de afianzar la certeza de la reconciliación de la vieja enemistad de las casas de Borbón y Orleans. Mientras no se consumase el matrimonio con la cohabitación de los cónyuges, el sacramento era incompleto; el divorcio podía presentarse en cualquier momento y así lo había comprendido Saint Simón. Era frágil la situación de las dinastías reinantes en Europa, más que frágil llamémosla delicada, sujeta a mil vaivenes. Los reyes absolutos vinculaban en realidad más que el símbolo, los mismos intereses políticos, religiosos y económicos de las naciones. De Felipe V se pensaba otra vez que acaso fuese rey de Francia. Era sucesor legítimo de aquella monarquía, aun cuando había desistido al trono francés a raíz del tratado de Utrech. Se temía por la frágil salud del que hubo de ser después Luis XV, mientras duraba la regencia del duque de Orleans, pues todavía aquel príncipe era un niño y bastante enfermo. Saint Simón había elaborado hábilmente esta reconciliación de Borbón-Orleans, principalmente en este matrimonio de Lerma. Los hechos, pertenecientes por entero a la historia de Francia, durante el resto del siglo, demuestran cuan clara fué la visión política de los bienes que esa unión podía haber otorgado a la monarquía francesa.

«Yo no podré mirar como definitivo y sólido, decía el duque, un matrimonio que no sea seguido de un «coucher public». Se necesitaban testigos que pudiesen un día ratificar que el divorcio era ya impasible».

De estas escenas sin pudor en las alcobas de los príncipes había pre-

cedente en París y en el ducado de Borgoña. «Yo no ignoro —continúa disculpándose el embajador— las costumbres moderadas de España, pero en este caso bien se podía hacer una excepción para asegurar el último grado de solidez a un matrimonio de tanta trascendencia. Ha de ser un colmo de mercedes de sus majestades al duque de Orleans.

Quedó el rey convencido y se convino que después de un gran baile que habría de celebrarse en el palacio de Lerma se daría la primera noticia del tálamo público. Habría una cena y tras la danza, al final, en lo más animado de la fiesta, se rogaría a los invitados que fuesen todos testigos de la consumación del matrimonio. Se les retendría fácilmente por la curiosidad que este espectáculo insólito habría de provocar en España.

El duque sigue ingenuamente convencido de su alta misión, describiendo en sus memorias detalles que harían sonrojar, aun hoy día, a personas nada timoratas en aspecto pudoroso. Dice así:

«Al desnudarse de los novios solamente asistirían sus majestades y las azafatas; se les vería meterse en la cama, tomando sitio al lado del futuro rey, el duque de Popalí, y al lado de la princesa, la duquesa de Montellano. Se dejarían las cortinas de la cama abiertas por sus tres lados; entonces se harán abrir las puertas y se hará entrar a la corte seguida de la multitud de invitados, y en la palabra francesa «fouille» yo no sé si se ha querido incluir también al pueblo. Todos se aproximarán bien a la cama de los novios, y esto durante un cuarto de hora que calculaban el desfile».

Sucedió tal como se había previsto, con otros muchos detalles que por decencia son de omitir.

A la hora prevista para asistir a la fiesta el gran marqués de Villena llegó a Villalmanzo para buscar al embajador de Francia. Este no cabía de satisfacción y con detalles dignos de dedicarles el tiempo de una gran lectura al que tenga interés por estas curiosas memorias, se describe, primero, la ceremonia religiosa y todos los pormenores del baile. Este último duró hasta las dos de la madrugada, y aparte la nobleza principal de España, asistieron también el Obispo de Cuenca, el Cardenal Borgia, dos Obispos «in partibus infidelibus», que residían en Toledo, y el gran Inquisidor General. Estas dignidades tampoco se ausentaron después del baile. Eran buenos testigos, y cuando llegó el momento esperado vistieron sus roquetes para dar más solemnidad al acto. Nada escandalizaba ya en ese siglo dieciochesco, invadida la corte de España, aun cuando fuese un poco de sorpresa, por la frivolidad de la corte de Versalles.

El duque embajador de Francia no salió de Lerma hasta finalizar el mes de enero y él mismo declara que marchó muy satisfecho.